



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 21 DE JULIO DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

El valor real de los viejos

AMIGAS EN EL TIEMPO
OLGA DE LEÓN

En la época de Aristóteles, como en la de Platón o Sócrates, los hombres mayores eran respetados y venerados. La edad era un tesoro que se apreciaba mejor, a más años vividos. En particular, eso era así, para quienes estaban consagrados al estudio y práctica de las ciencias, las artes o la filosofía. Ciertamente, por aquellos tiempos, nadie vivía el equivalente ahora a setenta u ochenta años, o bien, eran muy pocos los que alcanzaban la sexta década.

Ahora, en estos tiempos de la velocidad y los hologramas, en la era de la tecnología avanzada, de las comunicaciones digitales, el láser, la fibra óptica, los casi imperceptibles nanos, y el Internet, parece que los más jóvenes acabarán por desplazar la experiencia de los años, con sus agilidades y rapidez en el aprendizaje y manejo de los artefactos modernos, pues las personas mayores de sesenta o sesenta y cinco no pueden competir laboralmente en igualdad de circunstancias contra los jóvenes menores de treinta o cuarenta.

Y, no obstante... No todo es lo que parece ni nada es eterno. A pesar de su grandeza, la invención del holograma, si lo analizamos, es una ilusión. Una ilusión óptica o de la mirada de quienes contemplan en el holograma una figura aparentemente real y en tercera dimensión, gracias a un efecto de la mirada y el cerebro. Cuando se entiende en su verdad escueta el fenómeno y la creación del holograma y el láser, a pesar del Nobel ganado por su creador (Denis Gabor) con este último, el mundo moderno ha sido invadido por otro mundo, uno ficticio que reproduce al real y es distinto de él desde el punto de vista de la física, pues no es el mundo real.

De la misma manera, los jóvenes producen a mayor velocidad, pero no necesariamente con la misma calidad y valor que lo producido por la experiencia de los viejos, los de cabellos plateados o, sin cabellos. Los primeros se preocupan por ganar una carrera contra ellos mismos y el resto de los de su edad: la carrera del tiempo. Los segundos desprecian competir contra los otros, solo quieren ser mejores hoy que ayer e inventar las estrategias para ser aún más eficientes mañana; pero sin la premura ni la presión ni tensión de que se les viene encima el tiempo: ese, ya lo tienen encima, los alcanzó hace buen rato.

Aquella tarde, a la salida de sus clases, las cuatro amigas se vieron en el estacionamiento de la universidad, punto de encuentro final del día. Y, a pesar de sus prisas por llegar a casa, siempre tenían dos o tres minutos para intercambiar alguna idea, alguna experiencia con los alumnos, o si más no había, algún chiste malo, porque ninguna era buena para eso: contar chistes. Pero, igual reían y festejaban la sin gracia del chiste de la amiga que quiso lucirse con uno.

Justo esa tarde un tanto nublada y gris, el ánimo de todas parecía haberse empatado en algún momento del día, pues las cuatro se sentían igual: entre preocupadas y tristes, o decepcionadas y molestas... sin saber exactamente por qué. O sí lo sabían, pero no querían reconocerlo. Hacerlo, era tanto como admitir lo que por ahora parecía una mera sospecha, especulación, sentimiento de disminución e impotencia ante una realidad que no se les presentaba como algo claro, pero sí inminente, ya que



“sentían pasos”: veían venir su despido.

Las cuatro ya habían pasado por la etapa de la descalificación y persecución. Hacía por lo menos dos años que no recibían una felicitación o una palomita verde en los mensajes del director. Si les escribía solo era para preguntarles sobre qué pasaba con esto o aquello. Por qué se quejaban tanto de ellas los alumnos (aunque jamás supieron qué alumnos, ni cuántos de los que tenían en sus grupos, manifestaron alguna inconformidad); a otras, solo las veía “feo” o no las saludaba.

La escuela era una institución privada de cierto “prestigio”, o eso querían hacer notar con las calificaciones que recibían y publicaban haciéndolo sonar con gran pompa y platillo, si bien los calificadores son pagados por los mismos accionistas dueños de la universidad.

La realidad es una: donde quiera, aún en los centros de educación superior, a los profesores mayores de sesenta o quienes ya tenían laborando veinticinco o más años, se les pretendía “despedir sin despedir”, para que se fueran por su propia voluntad y así evadir cualquier beneficio que por ley debía entregárseles, fueran empleados de tiempo completo, medio tiempo o por horas. La ley es una para todos.

Y la consigna del encargado del departamento, siempre ha sido la misma: eliminar a los más antiguos, que se vayan los viejos... a ver qué les inventas, pero hay que deshacernos de ellos. Y, sin que se les dé nada... Bueno, podemos inventar el festejo de sus quince, veinte o veinticinco años, y les regalamos unas plumas... y un láser, para que se vayan a dictar charlas con su experiencia acumulada a cualquier parte, a lo mejor con nosotros mismos, a cambio de un Diploma, por su Lealtad. “Sí, eso, eso está muy bien”, exclamó el más avaro de

los directivos... Viejo también, pero dueño, no activo sino proactivo (a la destrucción), no materia útil; solo un inútil preparado para asesinar a los de su generación.

“-Qué lejos estamos de la sabiduría clásica, de los viejos sabios que fueron venerados por los jóvenes. Sin embargo, aún siento moverse la tierra bajo mis pies, a pesar de mis cabellos plata”, -concluyó la mayor de las amigas... Y todas rieron.

COMIDAS EN LA OFICINA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El grupo de empleados del piso quince salía a comer a las dos de la tarde. El del dieciséis, a las tres. Algunos cuantos se quedaban a comer en sus lugares de trabajo, junto a sus escritorios. Entonces podía escucharse el frufrú de las cucharas chocando contra el fondo en los recipientes de plástico de comida: el olor a pollo y el sonido de los hornos de microondas se volvían lugar común en la oficina.

A Toño, quien acababa de cumplir los setenta años, su mujer le preparaba la comida de la semana los domingos. Contaba con dos hijas, una de cuarenta y la otra de treinta. Ninguna de las dos trabajaba y ambas vivían con los padres. Toño había acudido a la universidad tarde, a los cuarenta y cinco, y el hechizo de sus maneras le permitieron conseguir su primer trabajo como ingeniero al graduarse a los cincuenta.

Luego, su encanto de hombre simpático y entregado le sirvió para subir peldaños, hasta que cumplió los setenta y su experiencia laboral ya no compensaba los errores cometidos por el desgaste intelectual de la edad. Comenzó a perder tino en los cálculos, a confundir conceptos, y ya no podía mantenerse al tanto de las innovaciones que ocurrían en su pro-

fesión.

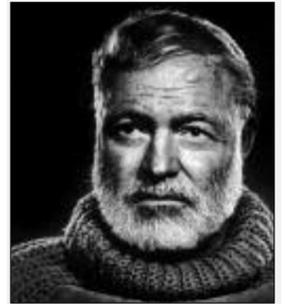
Su jefe inmediato comenzó a sufrir las consecuencias del trabajo mal hecho por su subordinado. Y una tarde, en la que Toño llevó un guisado de carne seca para comer en el trabajo, su jefe perdió la paciencia cuando Toño le dijo que se sentía mal del estómago, que se iba a tomar la tarde para descansar en su casa. El jefe de Toño se dirigió a la oficina de su propio jefe para comentarle que le iba a pedir la renuncia a Toño.

El jefe del jefe de Toño escuchó pacientemente. Él era un hombre que sabía conquistar la felicidad precisamente así: usando su paciencia. Se reclinaba en su sillón, respiraba profundamente, como metiendo a los pulmones cuatrocientos kilogramos de aire y dejándolos caer los párpados para cerrar los ojos.

Las preocupaciones del jefe del jefe de Toño eran otras: las empresas de la corporación que estaban a punto de descarrilarse, la elocuencia con la que fabricaba sus frases y la puntualidad con la que arribaba a su casa después del trabajo. En fin, había temas que le apasionaban y otros que no, y aquel tónico no era uno que le interesara: le dijo al jefe de Toño: si quieres despedirlo, despidelo; si no, pues no.

Al día siguiente se vino el problemón para el jefe del jefe de Toño. Por un error cometido en los cálculos, una casa en un complejo habitacional se había venido abajo. No tardó la procuraduría en investigar y descubrió que las mil quinientas casas construidas, se encontraban estructuralmente débiles. El responsable: Toño.

La gente del piso quince siguió saliendo a comer a las dos; y los del dieciséis a las tres. Pero entre los que se quedaban a comer en sus oficinas, ya no estaba Toño, a quien el jefe de su jefe había mandado a descansar permanentemente a su casa.



Ernest Hemingway

Narrador estadounidense cuya obra, considerada ya clásica en la literatura del siglo XX, ha ejercido una notable influencia tanto por la sobriedad de su estilo como por los elementos trágicos y el retrato de la época que representa. Recibió el premio Nobel en 1954.

Ya se había iniciado en el periodismo cuando se alistó como voluntario en la Primera Guerra Mundial, como conductor de ambulancias, hasta que fue herido de gravedad. De vuelta a Estados Unidos retomó el periodismo hasta que se trasladó a París, donde alternó con las vanguardias y conoció a Ezra Pound, Pablo Picasso, James Joyce y Gertrude Stein, entre otros. Participó en la Guerra Civil Española y en la Segunda Guerra Mundial como corresponsal, experiencias que luego incorporaría a sus relatos y novelas.

El propio Hemingway declaró que su labor como periodista lo había influido incluso estéticamente, pues lo obligó a escribir frases directas, cortas y duras, excluyendo todo lo que no fuera significativo. Su producción periodística, por otra parte, también influyó en el reportaje y las crónicas de los corresponsales futuros.

Entre sus primeros libros se encuentran Tres relatos y diez poemas (1923). En nuestro tiempo (1924) y Hombres sin mujeres (1927), que incluye el antológico cuento “Los asesinos”. Ya en este cuento es visible el estilo de narrar que lo haría famoso y maestro de varias generaciones. El relato se sustenta en diálogos cortos que van creando un suspense invisible, como si lo que sucediera estuviera oculto o velado por la realidad. El autor explicaba su técnica con el modelo del témpano de hielo, que oculta la mayor parte de su materia bajo el agua, dejando visible sólo una pequeña parte a la luz del día.

Otros cuentos de parecida factura también son antológicos, como “Un lugar limpio y bien iluminado”, “La breve vida feliz de Francis Macomber”, “Las nieves del Kilimanjaro”, “Colinas como elefantes blancos”, “Un gato bajo la lluvia” y muchos más. En algunas de sus mejores historias hay un vago elemento simbólico sobre el que gira el relato, como una metáfora que se desarrolla en el plano de la realidad.

La mayor parte de su obra plantea a un héroe enfrentado a la muerte y que cumple una suerte de código de honor; de ahí que sean matones, toreros, boxeadores, soldados, cazadores y otros seres sometidos a presión. Tal vez su obra debe ser comprendida como una especie de romanticismo moderno, que aúna el sentido del honor, la acción, el amor, el escepticismo y la nostalgia como sus vectores principales. Sus relatos inauguran un nuevo tipo de “realismo” que, aunque tiene sus raíces en el cuento norteamericano del siglo XIX.

En 1952 dio a conocer El viejo y el mar, que tiene como protagonista a un modesto pescador de La Habana, donde vivió y escribió durante muchos años enfrentado a la naturaleza. Algunos críticos han visto en este texto la culminación de su obra, porque en él confluyen el humanismo y la economía artística; otros, sin embargo, opinan que éste no es el mejor Hemingway, por una cierta pretensión didáctica. Hacia el final de una vida aventurera, cansado y enfermo, se suicidó como lo haría alguno de sus personajes, disparándose con una escopeta de caza. Para muchos, es uno de los escasos autores míticos de la literatura contemporánea.

ad pedem literae

“Jamás penséis que una guerra, por necesaria o justificada que parezca, deja de ser un crimen.”

Ernest Hemingway

Letras de buen humor

“Un rico es diferente al que no lo es: tiene más dinero”

Ernest Hemingway

Joana Bonet

El poder de lo “cuqui”

El gran escaparate del mundo se ha llenado de magdalenas de colores. Cupcakes y emojis –que celebran su día mundial– llorando de risa o lanzando triples besos. Como en un jardín inocente, clona criaturas de cabezas grandes y ojos saltones e invita a huir por un momento de la intolerancia y la bronca, de la injusticia y la desigualdad, con Pokémon: Detective Pikachu, que ha reventado las taquillas del mundo entero, sumando casi 430 millones de dólares desde su estreno en mayo. La proliferación de cuadernos con citas inspiradoras atrae a los niños y también a adultos con el ánimo blando. Algunas incluso se venden con supuestos poderes en realidad imaginarios: “Con esta libreta Cris conseguirá lo que se proponga, y más” o “Duérmete con un sueño y levántate con un objetivo”. La caligrafía naif en colores pastel años cincuenta vale para barberías hipster y mensajes en mochilas escolares. Lejos de aquellas frases transgresoras que circulaban en nuestra juventud, al estilo de “lo personal es político”

o el “walk on the wild side”, hoy triunfa el mensaje adorable, cuqui, una deformación expresiva de la palabra cuco (“lindo o gracioso” según la RAE).

En su última novela, Esta bruma insensata (Seix Barral), el escritor Enrique Vila-Matas construye un protagonista que ejerce de proveedor de citas para otros escritores. Y maneja un catálogo estupendo, desde el lema de Joyce: “Silencio, exilio y astucia” al “los muertos siempre se equivocan al regresar a historias de su pasado” de Anthony Burgess, que difícilmente funcionarían en el cuqui cosmos de las citas de crecimiento personal. Resalta entre todas la que atribuye a Albert Cossery, un salto cualitativamente literario respecto a las llamadas quotes inspiradoras, aunque exprese lo mismo: “Nunca desee tener nada que no fuera yo mismo. Puedo salir a la calle con las manos en los bolsillos y me siento un príncipe”.

La avalancha de ternura glaseada quiere contrarrestar la dureza de nuestro mundo. Leo al autor de The power of



cute, Simon May, profesor de Filosofía del King's College de Londres, quien afirma que esta es la “emoción moral por excelencia”, liberadora de la sociabilidad humana que nos estimula a expandir nuestro círculo de interés altruista. También que la monería está en perfecta sintonía con una época más fluida –o al menos porosa– que pretende superar dicotomías

tan enraizadas en nuestra sociedad como masculino-femenino, adulto-infantil, e incluso bien-mal. Y me viene a la cabeza el pensamiento de ese gran oidor que era Canetti: cuando nos diluimos en la ternura, nos resulta imposible volver a mirar con los duros ojos de la realidad. No hace falta recurrir a los vídeos de cachorritos que reblanecen hasta al amo.